



EL ARTE SAGRADO EN LA PRÁCTICA DIARIA Y LA ARMONIZACIÓN DE ESPACIOS: LAS PINTURAS DE DEIDADES BUDISTAS

Por Ferran Blasco Aguasca

El propósito de este pequeño texto es presentar ciertos aspectos importantes a tener en cuenta cuando nos acercamos a alguna tradición en la que se trabaja con deidades.

Espero que sea especialmente interesante y útil para aquellas personas que han comprado alguna pintura budista de nuestra colección de tankas procedentes de Nepal.

La esencia de la pureza

En la mayoría de las tradiciones espirituales del mundo existen lugares sagrados y deidades a las que se acude para contactar con aspectos específicos de la conciencia superior a la que todos los seres humanos tienen acceso. A ellas se acude comúnmente con intención de alcanzar mejores condiciones (salud, cosas materiales, fertilidad, etc...).

En algunas tradiciones esta búsqueda de contacto conlleva que la persona espere una reacción de una entidad externa; en otras, implica que la persona sea consciente de que es a través de su propia conciencia que uno se adentra en sí mismo, en busca de lo más refinado, y desde ahí conseguirá una reacción de calidad en el mundo externo.

Ya sea desde un punto de vista externo o interno, todas las deidades y objetos de arte sagrado que usamos, tanto en las prácticas como para armonizar espacios, tienen algo en común: son en sí la esencia de la pureza que es nuestra naturaleza original.

Aunque sean presentadas bajo distintas formas y en diferentes tradiciones, su esencia común es la intención de ayudar a la persona a conectar con sus cualidades superiores y con la naturaleza de su mente. Esto va más allá y es independiente de la estructura social y religiosa en la que esos objetos estén integrados.

Entendiendo las diferentes deidades

Para empezar a comprender los usos y funciones de las deidades y demás figuras sagradas en todas las tradiciones, pero especialmente en las tradiciones asiáticas como el budismo o el hinduismo, hay que tener en cuenta que su común denominador es ser representación de diferentes aspectos de la pureza original de donde se manifiesta la creación.

A partir de ahí, sus distintos aspectos hacen referencia al tipo de actividad con el que están involucradas (compasión, sabiduría, sanación, trascendencia, protección, magnetismo...) y al tipo de dimensión de la conciencia a la que nos posibilitan un acceso más directo y más específico.

En la tradición del budismo tántrico, por ejemplo, se cree que estas características individuales de cada deidad guardan relación con la intención específica que cada una expresó en el momento de generar su campo de actividad iluminada.

En muchas tradiciones, los practicantes se implican mucho en rituales que ven a la deidad como algo externo y superior, porque no son aún conscientes de la naturaleza de su propio ser. Pero esto no es así en aquellas tradiciones que basan su sistema de prácticas en el estudio de la mente. Como se lee en los sutras del Vajrayana:

Antes de estabilizar la mente mediante la práctica de la meditación, antes de poder reconocer las cosas como son, uno verá la infinita luminosidad de la mente como objetos externos sólidos, como el mundo en el que vivimos a través del placer y del dolor.

Pero mediante la estabilización de la mente y la investigación de su naturaleza, se podrán ver las cosas en su esencia y se entenderá que todas las apariencias son la simple manifestación o brillo o luz de la mente que las experimenta.

Este punto es muy importante para aquellas personas que han crecido en una cultura monoteísta, con un Dios todopoderoso que premia y castiga, y una sola verdad. Quienes se acercan a una cultura que trabaja con deidades han de ser muy conscientes de que el contexto es totalmente diferente y de que allí adonde van están llevando ese contexto, aunque sea inconscientemente.

También es imprescindible tener en cuenta que las cualidades que las deidades personifican no son en absoluto exclusivas de una tradición. Esas cualidades son intrínsecas a todos los seres humanos, son los diferentes ingredientes de nuestra esencia, pura y sin tacha: el amor, la compasión, la capacidad de sanar, de vivir en plena conciencia, de vivir en abundancia, en alegría... Cuando uno está viendo una pintura como Chenrezig, el bodisatva de la compasión, por ejemplo, que representa la capacidad de ayudar a todos los seres a superar el estado mental de sufrimiento, está también viendo algo que está presente en la tradición de la que uno procede, ya se por ejemplo en forma de una virgen o de un santo.

¿Por qué es necesario contemplar esto? Por dos motivos: primero porque el hecho de que una tradición nos sea culturalmente extranjera no significa que no nos podamos acercar a ella y usar sus símbolos y representaciones, siempre que sintamos una conexión. Y segundo, porque no por ser extranjera va a ser mejor.

A lo largo de los años de estudio de las tradiciones asiáticas, de su arte sagrado y sus prácticas, lo que he podido ver es que me ha beneficiado inmensamente para poder volver a la tradición que culturalmente me es más familiar por mi lugar de nacimiento. Y eso es algo que he comprobado en la mayoría de personas que han seguido un curso de estudio y práctica similar.

La belleza que crea armonía

Una de las características más asombrosas del arte sagrado es que nos conecta con un tipo de belleza muy especial. Cuando uno se presenta delante de una pintura de la *Tara blanca*, por ejemplo, y observa su rostro suave, la elegancia de su pose, la frescura de su gesto... uno evoca la belleza propia, la belleza de uno mismo, de nuestra naturaleza como seres más allá del dualismo en el que vivimos.

Eso que reconocemos como belleza, como bello, es en sí lo que nos conecta con la chispa divina, con la esencia eternamente pura que reside en nuestro interior. Por eso es muy útil tener este tipo de pinturas o de obras en la casa.

Cuando uno las contempla recuerda profundamente una esencia que es difícil de encontrar a priori en el día a día. Pero cuanto más se nos recuerda, cuanto más nos la recordamos, más fácil nos es de mantener y de ver en nosotros y en los otros, en cualquier circunstancia.

Para esto es útil pasar unos minutos cada día frente a la pintura o imagen, observando sus detalles, respirando la excelencia que exuda, dejándonos impregnar.

Uno es la deidad

En algunas tradiciones, como el budismo tibetano tántrico, se toma como aspecto principal de la práctica el trabajo con estas deidades. Durante su práctica se enfocan en lo que se llama "*el estado de generación*" en el que uno visualiza la cualidad que está cultivando en forma de deidad, ya sea externa (frente a uno, encima o dentro del corazón u otra parte del cuerpo), o ya sea uno mismo al visualizarse como la deidad misma.

Por lo general, es común empezar con la visualización externa y, luego, hacer que ésa se funda en uno y de ahí uno encarna esas cualidades superiores que representa la deidad y las emana directamente.

Esto lo haría, por ejemplo, un doctor antes de empezar a pasar consulta: sentarse para conectar con la energía del Buda de la Medicina, para conectar con ese estado de mente clara y habilidosa del sanador universal, para poder atender con gran eficacia a todos su pacientes ese día.

Esto no es algo supersticioso, donde se adora a algún tipo de ser superior que nos salvará. Por el contrario, es una maniobra de ingeniería espiritual excepcional en la que conectamos directamente con la esencia de la pureza: mediante la práctica de la concentración (atención e intención unidas), nos familiarizamos con esa esencia y la estabilizamos, para luego irradiarla hacia cada célula de nuestro organismo y hacia nuestro entorno, con el propósito de que nosotros y todos los seres, sin excepción, alcancemos nuestro máximo potencial, aquí y ahora.

Este tipo de práctica responde a la realidad de que la raíz de todo nuestro sufrimiento parece provenir de la fijación en percibir la realidad como impura y dualista.

Mediante la práctica con imágenes como base y apoyo para nuestra atención, nos adentramos en el territorio de aquello que es puro.

Las deidades, los templos o los objetos de arte sagrado en sí mismos no son más que representaciones de los aspectos superiores de nuestra conciencia. Aunque son algo que está fuera físicamente, una pintura, un bronce o una madera están apuntando a algo que es nuestra propia naturaleza. Es esencial entender que no son algo separado o algo a lo que aspirar.

Mediante el contacto repetido con esas obras, gradualmente entramos en un estado de ser cada vez más puro y refinado. Esto ocurre porque la información que se está manifestando en nuestros cuerpos sutiles va cambiando su calidad: el cuerpo físico y energético funcionan mejor porque la información de buenas intenciones y deseos que emana del cuerpo mental y emocional es mayor, y porque nuestro cuerpo causal, donde tenemos las acciones acumuladas a la espera de reaccionar, se está también purificando.

Algunas formas de usar las pinturas para la práctica personal

Cuando uno cuelga un cuadro con la imagen de una de las deidades en su casa u oficina es ideal que establezca una relación con la energía y el estado de conciencia que ésa representa para, así, beneficiarse. Cierta parte de este beneficio es algo que ocurre de modo automático, por la naturaleza de la deidad, la intención del artista y las medidas y proporciones específicas de la obra.

Pero el auténtico beneficio llegará a través de una práctica regular, en la que uno establece una relación más profunda consigo mismo, a través del apoyo de esa obra.

Algunas sugerencias:

- De forma más activa, incluyendo unos minutos en la práctica diaria para contactar con la esencia que representa la deidad: puedes visualizar que la cualidad emana de la deidad o visualizarte a ti mismo como la deidad y que la luz emana de nuestro cuerpo.
- Recitar el mantra de la deidad un cierto número de veces cada día, o simplemente ir cantándolo internamente durante el día.
- O de forma más pasiva, pasando unos minutos cada día frente a la pintura o imagen, observando sus detalles, respirando la excelencia que exuda, dejándonos impregnar.
- Poner un pequeñito altar con una vela y flores para potenciar el efecto.
- Poner el mantra de la deidad para instalar esa cualidad en el espacio.

Sea cual sea la forma que uno elige, es necesario que uno se sienta a gusto con ella y que también sea de agrado al resto de los miembros de la casa, para que nadie se sienta incómodo.

¡Qué la belleza del arte sagrado y de su tradición sean motivo de alegría y fuente de inspiración para todos!